

---

## EL ÓCIO.

---

Aunque en determinadas horas del día parezca Constantinopla una ciudad muy laboriosa, en realidad es tal vez la población más indolente que darse puede.

Bajo este respecto, turcos y francos se pueden dar la mano.

Se levantan unos y otros lo más tarde posible. Aun en verano, á la hora que en nuestras ciudades se nota ya gran movimiento de uno á otro extremo, Constantinopla duerme todavía.

Antes que el sol esté muy alto, es difícil encontrar tiendas abiertas donde beber una taza de café. Albergues, oficinas, fondas, bazares, casas de banca, todo ronca alegremente y no se despertaría ni aun á cañonazos.

Júntese á esto los días de fiesta: el viernes de los turcos, el sábado de los hebreos, el domingo de los cristianos, los santos innumerables de los calendarios griegos y armenios observados escrupulosamente; fiestas todas que, si bien son par-

ciales, obligan á la ociosidad hasta á una parte de la poblacion extranjera. Y sumado lo anterior, se puede formar una idea aproximada de lo que es el trabajo en Constantinopla durante el trascurso de los siete dias de la semana.

Por esta ley hay establecimientos que no se encuentran abiertos más de noventa y seis horas al mes; es decir, veinticuatro horas á la semana, y unos cincuenta y dos dias al año.

Cada dia se ve á uno de los cinco pueblos de la gran ciudad, errante por las calles, vestido de fiesta, sin más idea que la de matar el tiempo; arte en el cual los turcos son maestros de primera fuerza.

Son capaces de hacer durar medio dia una taza de café de *un perro grande* y estar cinco horas inmóviles á los piés de un ciprés en un cementerio. Su ócio es verdaderamente el ócio absoluto, hermano de la muerte, como el sueño, reposo profundo de todas las facultades, suspension de todos los cuidados, modo de existencia enteramente desconocido para los europeos.

No quieren ni aun tener el pensamiento de pasear.

En Stambul, no hay paseos hechos expresamente al efecto, y si los hubiese, el turco jamás iría á ellos, porque el ir de propósito á determinado lugar para moverse, le parecería algo semejante al trabajo. Entra en el primer cementerio que en-

cuentra al paso, enfila la primera calle que tropieza, y sigue sin objeto hasta donde le llevan las piernas ó hasta donde le conducen los zig-zag de las sendas, ó donde lo arrastra el gentío.

Rara vez vá á un sitio para ver este sitio mismo. Así, por ejemplo, se dan casos de turcos que jamás fueron más allá de Kassim-Bajá; señores musulmanes que nunca llegaron á pasar las islas de los Príncipes donde vive un amigo, ni han atravesado el Bósforo donde poseen una quinta de su propiedad. El colmo de su felicidad lo hacen consistir en la inercia del cuerpo y del alma; por cuya razon, dejan á los inquietos cristianos las grandes industrias que reclaman asiduidad, actividad y viajes, limitándose ellos al comercio al pormenor, que puede ejercerse sentado y casi más con los ojos que con el pensamiento.

El trabajo, que entre nosotros es lo que regula y determina todas las demás ocupaciones de la vida, aquí está subordinado y relegado á ocupacion secundaria á las comodidades y á los placeres. Entre nosotros, el descanso no es sino una interrupcion del trabajo; aquí el trabajo no es sino una suspension del reposo. Lo principal estriba en conseguir á toda costa dormir, soñar, fumar el mayor número de horas posible; y despues en los retales de tiempo, en los retazos del dia, en el desperdicio de los minutos, hacer algo para ganar la vida.

El tiempo para los turcos, significa una cosa enteramente diversa de lo que significa para nosotros. La moneda denominada día, mes, año, según la opinión de los ingleses, carece de otro valor que el de la centésima parte del valor europeo. El menor tiempo que pide cualquier empleado de un ministerio turco para contestar una pregunta por insignificante que sea, es un par de semanas. La premura de acabar un asunto por el mero placer de acabarlo, no la comprenden los turcos. Desde los mozos de cordel, hasta las últimas categorías sociales, nunca se ve por las calles de Stambul, un turco caminando de prisa como quien vá á asuntos urgentes. Todos andan con la misma cadencia, como si mesurasen el paso al toque de un mismo tambor.

Para nosotros, la vida es torrente que se precipita; para ellos, agua estancada.

---

## LA NOCHE.

---

Constantinopla es de día la ciudad más espléndida de Europa, y de noche la ciudad más tenebrosa del mundo.

Pocos faroles y á gran distancia los unos de los otros, rompen á duras penas la sombra en las calles principales; las otras están oscuras como boca de lobo, y no hay quien se arriesgue á cruzarlas sin una linterna en la mano. Por tal motivo, al cerrar la noche, la ciudad queda desierta y no se ven más que guardias nocturnas, grupos de pèrros, pecadoras furtivas, pelotones de jóvenes que desembocan en las calles saliendo de las cervecerías subterráneas, y linternas misteriosas que aparecen y desaparecen como fuegos fá-tuos por callejuelas y cementerios.

Entonces es preciso contemplar á Stambul desde los sitios altos de Pera y Galata.

Las innumerables ventanuchas iluminadas, los faroles de los barcos, los reflejos del Cuerno de Oro

y de las estrellas, forman á lo largo de un horizonte de cuatro millas, inmenso panorama de puntos de fuego, en el cual se confunden puerto, cielo y ciudad, con el aspecto de un solo vasto y único firmamento.

Y cuando el cielo se nubla y en reducido espacio luce espléndida la luna en el azul sereno, se observa sobre Stambul, que yace en la oscuridad, salpicada de manchas del negro intenso de bosques y jardines, blanquear las mezquitas imperiales á manera de infinitas tumbas de mármol, ofreciendo la ciudad la imágen de gran necrópolis de un pueblo de gigantes.

Pero es más bella y más solemne Constantinopla en las noches sin estrellas y sin luna, y en las horas en las cuales todas las luces están apagadas.

Entonces no se ve sino una ilimitada mancha negruzca desde el cabo del Serrallo al barrio Eyub, un perfil desmesurado en que las colinas semejan montañas, y las siluetas de las infinitas puntas que la coronan, toman aspecto fantástico de bosques, ejércitos, ruinas, castillos, rocas que hacen vagar la mente en la region de los sueños. En estas noches fúnebres, ¡cuán hermosa es la contemplacion de Stambul desde lo alto de un terrado, abandonándose uno á los impulsos de la propia fantasía! ¡Qué poético penetrar con el pensamiento en la ciudad tenebrosa, levantando las techumbres de aquellos millares de harenes iluminados

por luces que languidecen, viendo á las bellas favoritas que tripudian en loca danza, mientras lloran las abandonadas, y los eunucos estremeciéndose al sonido mágico del baile, que escuchan aplicando el oído á las rendijas de las puertas! ¡Cuán bello seguir con la idea á los amantes nocturnos entre las encrucijadas laberínticas de pendientes callejones, ó girar por las galerías silenciosas del Gran Bazar, ó pasearse por los vastos cementerios desiertos, perdiéndose en medio de innumerables columnas de las cisternas subterráneas! ¡O bien fantasear creyéndose uno encerrado en la gigantesca mezquita de Soliman, haciendo repercutir las oscuras naves con gritos horrorosos de pavora, arrancándose los cabellos é invocando la misericordia de Dios. . . . .

¡Pero qué locura! si estoy en la azotea de mi amigo Santoro, y me espera en la sala cuyo techo piso, una cena de sibarita, en compañía de la gente más agradable y amena que en Pera existe!